

## 3º PREMIO

Silvia Dorado Castro

### La oficina que no necesita ventanas

Cuando llegué a mi puesto de trabajo me sentí decepcionada. Siempre me había imaginado en una gran ciudad, en un gran medio de comunicación, y por supuesto, redactando las noticias más impactantes e importantes del día. Me había resignado ante las perspectivas de futuro que se me presentaban, y había aceptado un puesto en un medio local, atendiendo asuntos de menor categoría, como historias conmovedoras sobre familias en una situación más o menos llamativa, o sencillamente novedades y festejos. La tradición de los pueblos de esa zona era desconocida para mí, aunque lo cierto es que lo era la tradición de cualquier zona rural del mundo.

Me sentí observada el día que llegué al remoto pueblo que cambió totalmente mi percepción del éxito, de la felicidad, y del periodismo también. No había cobertura, por lo que tuve que recurrir a la gente del lugar para preguntar por el destino al que me dirigía. Socializar, y más aún con desconocidos, nunca había sido mi fuerte. Siempre había encontrado un refugio inefable en el bullicio de la ciudad, repleta de gente, pero más solitaria que ningún otro lugar. Pero allí, en ese pueblo, la gente era consciente de mi presencia, me veían, y me prestaban también toda su atención.

Me dirigí primero a un hombre de mediana edad, que amablemente me indicó el destino, señalando, incluso animándome a que le siguiera hasta allí. Resultaba cercano, gentil, y tan natural que me reconfortó. Tras agradecerle su ayuda y llegar al centro de los festejos, con ayuda del vibrante sonido de la gaita y el tamboril, obtener información para el reportaje era una nueva tarea que afrontar.

Pregunté a unos jóvenes con aspecto ladino, que, animados por la situación, y tras darme todo lo que necesitaba, me pidieron una foto para el periódico. Lo cierto era que allí nadie se enojaba por las fotos, nadie acudió para pedirme que borrara alguna, o para manifestar con vehemencia su deseo de no salir en ningún medio. Solía revisar siempre las fotos tras hacerlas, y en estas siempre descubría a alguien mirando a cámara, alguien que se había percatado de la situación y sonreía, saludaba o levantaba el pulgar.

Los trajes charros rebosaban vida y opulencia, y parecían tan pesados y sofocantes que me sorprendió la decisión con la que los mozos y mozas danzaban con ellos sin cesar, sin que un solo pelo se saliera del excelso moño que en nada desmerecía la profesionalidad de un peinado hecho en la mejor de las peluquerías para una ocasión muy especial. Pero este lo había hecho una anciana que apenas destacaba entre la gente, una mujer de apariencia anodina y modesta. Lo mismo sucedía con el calzado, de exquisitos detalles. Un hombre de avanzada edad lo fabricaba, uno de los pocos que quedaban capaces de hacer zapatos así.

Intenté encaramarme a un árbol para obtener un mejor ángulo para mis fotos. Fue entonces cuando escuché que alguien me llamaba. “¡Chica!”, exclamaban. “¡Niña!”, prosiguieron. Miré al fin hacia arriba. Desde un balcón, una mujer me invitaba a subir a su casa con los suyos para así obtener unas vistas privilegiadas y cómodas. En apenas un minuto estaba no solo en la casa de unos desconocidos, sino que estaba compartiendo mesa con ellos en lo que comenzaba el siguiente acto festivo.

Compartían conmigo su pan, su bebida, y su comida casera; y no frugalmente, sino en grandes cantidades. No sabría decir cuántos había. Tardé en darme cuenta de que en aquella casa no había solo una familia, sino varias. No había parentescos entre ellos, pero sin embargo allí estaban, vecinos del mismo pueblo cuyo vínculo era precisamente pertenecer a una misma patria.

Y allí estaba yo, una forastera, pero arropada como si llevara con ellos toda la vida. Interactuaban conmigo, bromeaban y se mostraban espontáneos. Me sentí cohibida al principio, pero con el tiempo me invadió una gratificante sensación de ser la persona más afortunada sobre la tierra.

Me pareció hermoso y de un valor incalculable el folklore que descubrí aquel día, pero más allá de eso, encontré una belleza etérea en la autenticidad de aquellas personas, en su forma de relacionarse unas con otras, y mirando alrededor, viéndoles festejar en la plaza todos juntos, compartiendo entusiasmo, me di cuenta de que aquello era una comunidad.

Eran una familia numerosa, la más numerosa que había imaginado, una familia de unas trescientas personas. No importaba quién fueras, tampoco si te habías ido del pueblo y llevabas años sin venir. Allí los foráneos encontraban compañía, y también quienes se habían marchado lejos a trabajar, pero cada verano regresaban. Llegué, en muy poco tiempo, a comprender aquello que resultaba ignoto para mí, y aunque no podía compartir al mismo nivel que ellos las tradiciones y el fervor con el que desfilaban palios y varas de mayordomos, sí me dejé contagiar de su entusiasmo, y me quedé prendada de su grácil forma de mantener la historia viva, e incluso darle forma con danzas que narran, por sí mismas, acontecimientos medievales.

Sigo teniendo, a día de hoy, el mismo trabajo, y puedo asegurar sin temor a equivocarme que el agradecimiento y la disposición de cada vecino del entorno y vasto territorio rural que debo cubrir no tiene parangón. Tengo innumerables familias y me pierdo en las callejuelas empedradas que jalonan una estructura de judería, así como mis ojos se pierden en los entramados de madera, los dinteles cincelados y los eternos revocos de cal.

